

Deudas de memoria y recursos argumentativos:
tensiones entre los límites de la ficción y la libertad representativa en la
construcción biográfica del pasado del Papa Francisco

Alina Herrera¹

Resumen

El presente trabajo se propone como culminación de otros escritos en los que es analizada la película “Llámame Francisco” (2015), estrenada por Netflix para Argentina en diciembre del 2016, como una miniserie de cuatro episodios. Luego de una lectura comparativa de artículos periodísticos que reivindican la discusión acerca de los límites de la ficción en una producción que se presume verídica o realista, surge la inquietud acerca de “lo que debe o no hacer una ficción”. La cuestión del pasado de Bergoglio se vuelve territorio de disputa entre las deudas de memoria y la libertad de ficcionalizar su juventud hasta convertirlo en paradigma de la lucha contra las fuerzas represivas dictatoriales.

La pregunta por las implicaciones de la construcción de narrativas que relatan/resignifican acontecimientos del pasado civil, religioso y militar en la última dictadura es central en el enfoque de la presente propuesta. La discusión plantea por un lado, la necesidad de seguir construyendo una memoria de las violencias que exija verdad y justicia sobre las atrocidades cometidas (individual o colectivamente, sobre los cuerpos y los sentidos); y por otro, la noción de la futilidad de exigirle a la ficción parámetros de representación verídica de la historia.

¹ Licenciada en Comunicación Social por la UNQ. Estudiante de la Maestría en Ciencias Sociales y Humanidades (UNQ). Proyecto de Investigación de pertenencia: Violencia social, género y comunicación: problemáticas del presente y la memoria en la actualidad argentina. CEHCMe. Correo: alina.herrera.94@gmail.com.

Deudas de memoria y recursos argumentativos: tensiones entre los límites de la ficción y la libertad representativa en la construcción biográfica del pasado del Papa Francisco

La mirada que este trabajo pretende ofrecer acerca de la problemática de la ficcionalización de la historia, particularmente del período que contempla la última dictadura cívico-militar-religiosa argentina, especialmente alrededor de la figura del actual Sumo Pontífice de la Iglesia Católica Apostólica Romana y a través de la película “Llámame Francisco”, es una que pone en tensión las deudas de memoria y la libertad representativa, entendidas como potencias discursivas en un juego de herramientas que pueden hacer de la narración sitio de puja por las implicancias actuales de un pasado irresuelto.

Breve introducción al personaje

Jorge Mario Bergoglio se convirtió en el Papa Francisco en marzo de 2013, luego de la renuncia de Benedicto XVI (Joseph Ratzinger) a su cargo: una acción sin precedentes en la historia de la Iglesia Católica². A partir de ese momento, y como máximo exponente de la institución que preside, Francisco ha procurado representar un papel que puede ser caracterizado como continuista (en relación a la doctrina eclesial propuesta por su papado) pero con formas humildes y ascéticas, que le proveen de una mayor legitimidad a la hora de tomar decisiones.

Su construcción de una personalidad pública humilde, sencilla, risueña, apabullada por la ritualidad ostentosa que rodea la Silla de Pedro, ayuda a imponer una presencia “común”, un espejismo de cercanía a una vida cotidiana que en realidad no podemos observar ni imaginar realmente. Los medios (diferenciando entre sí, de acuerdo con las distintas líneas editoriales que proyectan) lo presentan en esta coyuntura de pretendida transparencia, inmediatez e interconexión que caracteriza la mediaticidad masiva actual, reproduciendo gestos y palabras de Francisco que facilitan una sensación de cercanía a poderes y atributos que en realidad son extraordinarios: aquellos que le corresponden como máximo representante de la Iglesia Católica a nivel mundial.

Esta afirmación de continuidad puede sostenerse, como expresa Mallimaci (2013), al comprobar que la premisa católica que modela su mensaje sigue siendo aquella basada en la idea de “rechazo al mundo”, doctrina acuñada como respuesta a la modernidad y sus características de individuación, secularizantes y racionalistas, junto con los distintos proyectos socialistas, liberales y cientificistas. De este modo, se intenta atribuir los desencantos y desajustes de la doctrina con respecto a las formas en que la cultura y la sociedad han cambiado desde la época en que la Iglesia tenía el monopolio sobre la

²El primer papa en la historia de la Iglesia que renuncia a su cargo, tras declararse “falto de fuerzas”, es Benedicto XVI. A partir de febrero de 2013 el cargo de papa pasa a ser un puesto al que se puede renunciar, cambiando las reglas de juego de la institución para siempre (Mallimaci, 2013: 218). El Papa Francisco, al ser cuestionado en relación a este tema concluyó: “Creo que él [Benedicto XVI] es una institución [...] Ha abierto una puerta, la puerta de los Papas eméritos [...] yo creo que un Obispo de Roma, un Papa que siente que sus fuerzas le abandonan –porque ahora se vive mucho tiempo– debe hacerse las mismas preguntas que se hizo el Papa Benedicto” (Francisco, Rueda de prensa del Santo Padre Francisco en el vuelo de regreso de Tierra Santa, 2014: 7)

cosmovisión occidental a estos mismos cambios socioculturales, en lugar de reformar o renovar la propuesta religiosa –tanto para el clero como para los fieles– hacia una más acorde a las características del contexto actual.

La pregunta acerca del porqué de la elección de Bergoglio por el Colegio de Cardenales puede ensayar varias respuestas, pero ninguna es definitiva singularmente. Más bien, es preferible pensarlas como posibles encarnaciones de los sentidos que atravesaron a la institución y a los sujetos electores al momento de producirse el nombramiento. Buscar una sola causa con la potencia suficiente para impulsar un acontecimiento de esta envergadura histórica, política, estratégica y simbólica parece una tarea más bien fantástica que analítica.

Ineludible es, entonces, abordar a este personaje de manera multidimensional, teniendo en cuenta las formas, pero abordando los contenidos de su mensaje con una mirada atenta y crítica. Benedicto XVI, quien parece salir muy en desventaja ante cualquier exploración comparativa entre uno y otro pontífice, es en realidad el impulsor de la mayoría de las medidas que Francisco promociona y a las que otorga continuidad actualmente, aportando indicios de una concordancia doctrinal mucho más profunda de lo que parece a primera vista (Blancarte, 2013).

En relación a su pasado, podemos ver que no se trata de un personaje de poco peso en la Argentina. Nacido en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires de madre y padre piemonteses, se inclinó por el sacerdocio a la edad de 21 años, cuando inició su carrera como seminarista. Obtuvo y ejerció diversos cargos de poder dentro de la institución eclesiástica, además de tener gran interés por la educación –de principios religiosos– en diferentes instituciones y con distintos cargos (en colegios, institutos y universidades, como profesor, como director y como miembro honorario de comisiones directivas, entre otros). Además, ofició como Superior Provincial de la Compañía de Jesús (Buenos Aires), como obispo y finalmente, como cardenal, antes de suceder a Benedicto XVI en el cargo de Sumo Pontífice.

Su actuación durante la última dictadura cívico-militar-religiosa del país, además de resultar aún poco clara, motivo de especulaciones y tensiones, inquieta profundamente a quienes intuyen que podría colaborar con información acerca de los procesos de detención, desaparición forzada y ocultamiento de restos mortales de personas durante este período, situación que torna la pregunta por lo sabido cada vez más vibrante y necesaria. Esta coyuntura encuentra una lectura indispensable en las palabras de Alejandro Kaufman (2013): “Quienes participaron de cualquier manera que los hiciera depositarios de información sobre aquellos destinos [de los secuestrados, detenidos, desaparecidos, asesinados, bebés apropiados, etc.] mantendrán en el tiempo su implicación en la perpetración de los crímenes, dado que el silencio sobre aquello que se sabe y no se dice es una forma de perpetuar el dolor de los deudos y mantener el duelo en suspenso”.

Bergoglio es llamado reiteradas veces a declarar ante la justicia, concretándose las audiencias en noviembre de 2010, en el marco de los juicios imprescriptibles en relación a los crímenes de lesa humanidad cometidos por miembros de las Fuerzas Armadas, el

Estado y la población civil durante el proceso denominado Terrorismo de Estado³. La Iglesia Católica en este escenario, no es considerada por el presente escrito como una simple organizadora de creencias, ya que "...la Iglesia, a la que pertenecían y pertenecen confesionalmente en su mayoría o totalidad los perpetradores, y en cuya supuesta defensa cometieron el exterminio, les proporcionó la sustentabilidad subjetiva que requiere un colectivo exterminador."(Kaufman, 2013), es entonces, más bien, una maquinaria de producción de subjetividad y una administradora de prácticas sociopolíticas que ayudó, en ese contexto, a hacer posibles las atrocidades cometidas.

Más adelante, Bergoglio fue un importante actor en la escena pública nacional – retro trayéndonos al pasado reciente, para hacer un recorte que no exceda las posibilidades de este trabajo– al erigirse en acuerdo con los sectores más conservadores, cuando se abrieron las discusiones por la ampliación de derechos en el siglo XXI. Estos fueron particularmente los casos del matrimonio igualitario, las leyes de identidad de género y los programas de educación sexual integral en las escuelas, contra los que el susodicho se posicionó a través de cartas, comunicados y entrevistas de prensa. Sus intervenciones en la vida política (instando a representantes públicos a votar u opinar en contra de estos proyectos de concreción democrática moderna) tomaron forma en declaraciones desde diversos púlpitos, llamamiento a movilizaciones y alianzas con organizaciones autodenominadas “pro-vida”⁴. Más allá de los resultados con que se saldó cada una de esas demandas de derechos fundamentales, esta coyuntura sirvió para poner sobre la mesa una vez más el modo en que la Iglesia Católica aún impacta de forma llamativa en la vida pública y ciudadana de un país que se autodenomina constitucionalmente como laico. El último ejemplo que hemos observado, rutilantemente reciente, es el que rodeó la discusión por la despenalización y legalización de la interrupción voluntaria del embarazo. En este caso, Francisco ha reiterado su postura en contra de la plena libertad y autodeterminación de cuerpos (en este caso, gestantes) que es tradicional en el imaginario y el dogma religioso católico original, con declaraciones que comparaban, por ejemplo, al aborto con las propuestas eugenésicas nazis más extremas⁵.

A pesar de que, al asumir el papado, Francisco optó por una forma diferente de expresarse acerca de cuestiones como la homosexualidad, el aborto y los divorcios, esta dinámica permisiva y no acusadora de adopción papal se tambaleó al preguntársele directamente por su postura para con estos temas, y como se describió sucintamente en el párrafo anterior, al discutirse recientemente el tema de la interrupción voluntaria del embarazo en nuestro país.

³ Alejandro Kaufman resume los crímenes que el Terrorismo de Estado llevó a cabo como la desaparición, asesinato y tortura de personas, el robo de identidades, el secuestro de bebés, niñas y niños, la censura, entre otros, todos bajo la protección y beneplácito de un Estado Nacional autor y cómplice (2013).

⁴ "...el primado argentino interpretó como "una movida del Diablo" el avance legislativo del proyecto y alentó a acompañar "esta guerra de Dios" contra la iniciativa. Bergoglio convocó además a participar del acto previsto para el próximo martes 13 de julio, a las 18.30, frente al Congreso, para manifestarse en defensa del "matrimonio varón-mujer" (ver en <https://www.pagina12.com.ar/diario/ultimas/20-149099-2010-07-08.html> [última consulta: 30/08/18]).

⁵ Como retoma una nota de La Nación, “dos días después de que la Cámara de Diputados diera media sanción al proyecto de despenalización del aborto, el papa Francisco dijo ayer que algunos casos plantean ‘lo mismo que hacían los nazis’ pero ‘con guantes blancos’”. Recuperado desde: <https://www.lanacion.com.ar/2144727-el-papa-comparo-el-aborto-con-los-crimenes-que-cometio-el-nazismo>. [última consulta: 30/08/18]

Frente a estos fenómenos es necesario pensar el aspecto performativo en ambos momentos (su personalidad anterior y los cambios que el papado operaron en ella) de forma comparativa e inescindible, ya que las exclamaciones fervorosas que caracterizaron su pasado de experiencia nacional pueden no ser repetidas desde el Vaticano, pero eso no implica que el contenido del mensaje diferencialmente expresado sea también, diferente. A la vez, es menester entender el cambio de maneras como eso mismo, una forma más acorde a la personalidad adoptada como pontífice de expresar el rechazo o la incongruencia de los avances sociales con el dogma católico apostólico romano institucional y oficial⁶, pero que no implica ni compromete a un cambio en el susodicho dogma y su aplicación ritual o de principios para la vida.

La apuesta ficcional

Con la mirada ahora centrada en “Llámame Francisco”⁷, la película estrenada en la Ciudad del Vaticano en 2015 y traída a la Argentina por Netflix en diciembre de 2016⁸, es interesante pensar la articulación del personaje con su pasado, especialmente durante los años de la dictadura cívico-militar-religiosa que interrumpió la dinámica democrática nacional en marzo de 1976 para configurar prácticas sistemáticas del horror, y que ocupa la mayor parte del audiovisual.

Es importante destacar, antes de desarrollar una descripción sucinta del argumento, las condiciones que tornan este relato en lo que en literatura se llama una “biografía autorizada”. Se trata de una narración que no recibió críticas, aclaraciones ni modificaciones por parte de quien es representado (el Papa), que “conoció y aprobó en términos generales su contenido” (Duzdevich, 2017: párr. 1). Esto resulta llamativo, ya que el audiovisual efectúa una serie de modificaciones a la historia que anuncia relatar de forma verídica, tanto a efectos de temporalidad como de construcción de personajes que resulta, muy interesante.

El periodista Horacio Verbitsky escribió para el diario *Página 12* una nota titulada “La mala conciencia del pontífice”, en la que enumera y describe algunos ejemplos de estas desviaciones argumentales y estéticas de la narración. Asevera: “en la línea iniciada con el libro *La lista de Bergoglio*, del periodista Nello Scavo, redactor del diario de la Conferencia Episcopal italiana, la serie falsifica los hechos para presentar al protagonista como héroe de la resistencia a aquel gobierno” (Verbitsky, 2017: párr.4). En consonancia con esto, conjuga una serie de inconsistencias entre las que incluye la modificación del personaje de Esther Balestrino de Careaga para convertirla en una comunista atea (cuando ella militaba en realidad en un partido afiliado a la internacional socialista, mucho menos extremo en sus convicciones y accionar), el relato del asilo a tres seminaristas perseguidos por militares del gobierno golpista (que en realidad estudiaron en el Colegio Máximo de San Miguel, que dirigía Bergoglio, durante el gobierno peronista y no la dictadura), la irrupción nocturna, violenta e inesperada de militares para realizar un allanamiento en busca de refugiados

⁶Entendemos a su vez, la necesidad de diferenciar esta línea de pensamiento de aquellas que, sin renunciar a la calificación de religiosas o cristianas, difieren en mayores o menores medidas de las posturas oficiales en relación a temas como el antes mencionado aborto (existen, por ejemplo, las Católicas por el Derecho a Decidir).

⁷Luchetti (director). (2015). *Llámame Francisco*. [cinta cinematográfica]. Italia: Taodue Film / Mediaset.

⁸ Cambiando su formato al de una miniserie, al dividirla en cuatro episodios.

militantes de la resistencia (que en realidad nunca sucedió, porque además los militares tenían la entrada permitida al establecimiento y “solían almorzar en su comedor” (Verbitsky, 2017: párr. 8)), y la alteración del orden en que se plantean los hechos que conformaron el secuestro de los jesuitas Jalics y Yorio, por retomar algunas.

La complejidad de este período histórico parece ser fuertemente atenuada en la producción audiovisual que dirigió y guionó Daniele Luchetti. En ella, no sólo la figura de Bergoglio aparece retratada con una silenciosa pero incuestionable inclinación a desafiar el proceder militar que no se condice estrictamente con lo relatado por él mismo durante las jornadas judiciales de declaración a las que tanto tiempo se resistió a presentarse (en el marco de los juicios por crímenes de lesa humanidad); si no que además, otros personajes son modificados para ajustarse a un relato más polarizado, dividido en “buenos” y “malos” más evidentes.

Dramáticamente recargado, el hilo argumental se torna más obvio de lo que las situaciones problemáticas o violentas que toman lugar en el tejido social (como en nuestra experiencia nacional) pueden permitirse. Martín Salinas, coautor de “Lámame Francisco”, es entrevistado por la agencia Paco Urondo acerca de los aspectos inconsistentes reflejados en la película y señalados por Verbitsky en la nota ya citada, ante lo que él responde: “Pienso que el personaje que quisimos contar es una mezcla del verdadero Bergoglio con un Bergoglio que es muy importante en la actualidad, por lo que representa políticamente. Cuando construís eso estás adoptando una posición política que no tiene que ver con la cosa chiquita o personal de si tengo razón o no la tengo [...] Tuvimos la posibilidad de reforzar la parte que nos pareció importante.” (Verbitsky, 2017: párr. 4). Frente a estos planteos, el periodista explicita “yo también coincido con algunas definiciones conceptuales del Papa pero no admito el blanqueo retrospectivo” (Verbitsky, 2017, párr. 10).

Esta idea es interesante para pensar la pregunta que sostiene el presente trabajo, aquella que intenta problematizar y ver los alcances de la intención de un relato dereflejar los hechos concretos de la historia y recrear los acontecimientos que elige mostrar. Consecuentemente, entra en tensión con la noción irrefutable de que ninguna forma de representación puede jamás ser objetiva, o pretender ser “conductora” de la realidad, un portal a la esencia absoluta de aquello que ha ocurrido y de lo que sólo nos quedan, en realidad interpretaciones.

Por otro lado, tenemos a disposición planteos como los que desarrolla Aldo Duzdevich en su nota, también para *Página12*, publicada el 25 de enero de 2017. Enfocados desde una lógica que ya no le exige al relato una cuota mínima de validez histórica, sino que le atribuye más bien una función educativa y que adapte los sucesos del pasado al mensaje que parece imperioso –para el autor– dar hoy, está más en concordancia con lo expresado por Salinas que por Verbitsky. En este caso, la nota habla sobre la idoneidad de Francisco como figura que encarna la defensa del humanismo y los valores anticapitalistas de la actualidad, juzgando incorrecto el cuestionamiento de su persona –presente o pasada. El enfoque parece dar preeminencia a la premisa anterior, a pesar de las implicaciones que esto podría tener en el corrimiento del foco de la búsqueda de justicia y verdad sobre las que Francisco aún podría responder, aludiendo que la pregunta por el pasado ha quedado ya caduca y suficientemente honrada, tal vez, por el lugar que se reserva actualmente al pontífice como figura progresista del mundo moderno.

La serie “Llámame Francisco” es esta vez analizada en una publicación homónima, que entrecruza al pontífice con otras personalidades padecientes de lo que da en llamarse “la culpa del sobreviviente”: este concepto atraviesa de forma insistente todo el artículo, siendo definido al comienzo del mismo como “la cruz” que cargan quienes sobrevivieron, por lo que no pudieron hacer para salvar a otras personas y por el dolor que causaron a sus cercanos, algo que nunca abandona la conciencia de los “viejos militantes” (Duzdevich, 2017). Según el autor, vuelta la democracia, la sociedad comenzó a cambiar la frase “algo habrán hecho” por la terrible “algo habrán hecho para seguir con vida” (párr. 6), dirigida hacia quienes lograron escapar de los métodos brutales implementados por el Terrorismo de Estado.

Para Duzdevich (2017), Bergoglio necesitaba un espacio para exponer y así limpiar sus culpas, no como Papa Francisco, figura harto significativa y significante que da sentido a la película, sino como un “ex militante”⁹ asediado por la necesidad de justificar por qué no murió durante la dictadura cívico-militar-religiosa: “el padre Jorge Bergoglio, por el rol social que tuvo en la época, por la cercanía con personas de su afecto que sufrieron la represión, por lo que hizo para salvar unos pocos y lo que no pudo hacer para salvar a muchos más, pertenece a este colectivo social argentino de los sobrevivientes con culpa. Y realmente creo que esta biografía autorizada hecha película es su larga explicación que ya nadie le pide pero que él necesitaba dar” (Duzdevich, párr. 10). Sin embargo, no podemos separar al “Papa Francisco” del supuesto “ex-militante”, ya que pasado y presente se conjugan para tornar la pregunta por lo sucedido y la imperante exigencia de conocimiento sobre los horrores de los que él tuviera constancia una apuesta, si se quiere, más insoslayable ahora. Esto halla su explicación en que, como Sumo Pontífice, cuenta con las herramientas de la colosal institución que preside, para, si así lo dispone, traer memoria y paz a quienes aún no conocen el destino de sus personas cercanas y claman por la verdad de su desaparición, tortura, asesinato o robo de identidad.

En este sentido es que elevamos la propuesta de Kaufman (2013) acerca de la incesante e ineludible responsabilidad de la palabra: la designación de Bergoglio como Papa, aquel 13 de marzo de 2013, no hace más que conjurar una apuesta potenciada por la memoria. De esta manera, el ascenso episcopal no erosiona o silencia las deudas que este tenga individualmente o singularmente con el pasado, sino que la Iglesia misma puede (y debe) ahora responder tanto por ese pasado personal como por el colectivo de la institución de forma más apremiante. La existencia de ese secreto de confesión aún sin exhumar es la deuda explícita e insoslayable sobre la que hacer hincapié para comenzar a saldar las cuentas pendientes personales e institucionales. Dicho en otras palabras: “De haber un secreto de confesión que pudiera defenderse frente al conocimiento de crímenes de esta naturaleza, entonces la propia confesión ¿no perdería todo valor espiritual y moral ante las

⁹Habría que ver por qué para Duzdevich Bergoglio está incluido en esa categoría, ya que a la vez, lo define como “un cura algo burocrático, muy mesurado, exageradamente prudente, temeroso, que sólo da ayuda a unos pocos, que por amistad y/o por su condición de buen samaritano no podía negar” (2017: párr. 11). Además, escribe que “a los 36 años, le dieron un alto cargo en su congregación y se dedicó desde allí a su labor pastoral. Por lo tanto nada hacía prever que fuese asesinado o desaparecido, ni tampoco que encabezara la lucha contra la dictadura” (párr. 14). Estas caracterizaciones no parecen, sin embargo, compatibles con aquello que estipuló previamente, cuando definió a los militantes como “personas que en los años 70 tuvieron una militancia política dentro, o cercana, a los grupos armados, u otras que por su rol social o laboral estuvieron muy cerca de la tragedia” (Duzdevich, 2017: párr. 4).

comunidades, ante la historia y ante Dios mismo? [...] Dios no puede querer que los deudos en ronda durante décadas estén condenados al dolor sin fin, cuando claman por él ante quienes saben que saben y no hablan” (Kaufman, 2013).

Con respecto a los hechos que rodean el ya mencionado acontecimiento del secuestro de los jesuitas Jalics y Yorio, bajo la responsabilidad de Bergoglio, como Superior Provincial, Duzdevich habla del *miedo* como motor de acciones que hoy en día causan arrepentimiento o pesar. Según él, Bergoglio hizo todo –lo que el miedo a ser secuestrado le permitió– a la hora de reclamar por la vida y la integridad de sus dos sacerdotes subalternos desaparecidos y torturados. Sin embargo, este tema –de posibilidades y contingencia que actuarían como atenuantes de la responsabilidad del (hoy) papa sobre el hecho– se aleja de la intención inicial de la escritura aquí desarrollada, por lo que será dejado de lado, después de esta breve cita, y considerado simplemente una llamativa lectura de Duzdevich de la historia del período y la figura religiosa traída a cuestión, que resultaba imposible dejar de lado de acuerdo con los temas que motivan la presente escritura.

Al volver al nudo original de sentido que atraviesa esta ponencia, ahora desde la perspectiva de Duzdevich, encontramos una referencia a la idea de que no es necesaria la correspondencia entre los hechos que relata la película y lo que se reconstruye y consensua como realidad histórica: esgrime resueltamente la idea de que esas irregularidades no alteran el sentido de lo ocurrido ni cambian las implicaciones de la ficción sobre la construcción de nuevos sentidos. Escribe: “...si los tres seminaristas se escondieron antes del 76 o si la película no es estricta en lo cronológico, es tan importante como debatir cuántos ingleses se mojaron las patas en las invasiones inglesas de 1806” (párr. 20). Más allá de lo fuerte que esta afirmación puede resultar, conduce al lector hacia la apuesta final del posicionamiento tomado, que es expresada unos párrafos más tarde, y propone que el Papa Francisco es un héroe solitario, en una cruzada por la salvación de la raza humana, “predicando contra el capitalismo salvaje y explotador de los pueblos” (Duzdevich, 2017: párr. 24).

Aunque la Iglesia no es “el movimiento revolucionario de los proletarios del mundo”¹⁰, el autor deposita grandes esperanzas de cambio en esta figura episcopal. La pobreza, ineludible ingrediente para la existencia del capitalismo, es mencionada asiduamente por Francisco y parece inspirar a Duzdevich en su lectura del fenómeno, a pesar de que el papa nunca clarifica si se la retoma (a la pobreza) desde una postura más cercana a la caridad cristiana o la justicia social secular. Esta diferenciación, que demarcaría el terreno de juego, es a veces pasada por alto por quien propone la aseveración de que “en los 70 un sector importante de la Iglesia Católica, comprometida con la causa de la liberación, fue la simiente de muchos de los mejores cuadros revolucionarios en Argentina y latinoamérica” (Duzdevich, 2017, párr. 21), tal vez obviando que fuera de la línea de afiliación clerical se encuentran también adalides de la defensa de sistemas sociales, económicos y políticos más justos, libertarios e igualitarios.

*

A modo de conclusión, la propuesta que este trabajo preliminar considera menester resaltar es aquella que presenta a la interpretación crítica de todo fenómeno social, personaje

¹⁰En palabras de Duzdevich.

histórico o doctrina de pensamiento como una herramienta tendiente a evitar lecturas que obturen la capacidad de observar contradicciones o parcialidades; y que contemple la posibilidad de realizar análisis concretos que no cierren por completo las problemáticas interpeladas, haciendo de todo resultado una invitación a futuras preguntas.

La tarea de cada sujeto comprometido con el pensar la historia debe ser abordada con especial atención a no caer en reduccionismos, que simplifiquen la cuestión indagada a una presunta esencia de quienes protagonizaron los acontecimientos puestos en cuestión. Las lecturas que proponen un arreglo a los fines son, tal vez, atractivas, pero no pueden dejar de soslayar aquellos aspectos que no fueran congruentes con las hipótesis que rondan la escritura. Estas pueden ser evidentes o estar, justamente, tras un velo epistemológico tácito.

Mientras que, para uno de los escritores más citados por este trabajo, Francisco es una figura que hoy se eleva con un propósito demasiado grande para perseguirlo individualmente (tan grande como desafiar al sistema capitalista y deshumanizante), haciendo que, frente a semejante intención, cualquier pregunta persistente por su pasado se convierta en un reclamo injusto; para el otro autor aquí leído es palpable y superadora la idea de que este personaje debe responder aún por los sucesos acaecidos durante la dictadura del '76 de los que tenga conocimiento –o capacidad para obtenerlo. La segunda postura se sustenta en la premisa de que, como máxima autoridad de la Iglesia Católica Apostólica Romana, Francisco cuenta con las herramientas para echar luz sobre episodios que aún no han podido dar con su adeudada explicación, dejando en suspenso el duelo de los y las afectadas que llevan a delante el reclamo histórico de Memoria, Verdad y Justicia. Es esta postergada justicia la que posibilitará, al verse satisfecha, la construcción de una memoria completa, o por lo menos, sin los actuales, ominosos y forzados huecos que tornan en falaz cualquier intento de democracia sincera que sucediera a los años del terror.

Ya es conocido y ha sido retomado aquí el papel que tuvo este credo en el período revisitado, circunstancia que origina el reclamo que interroga al silencio papal (así como éste fuera interpelado en su momento por el reclamo de quienes observaban la actuación de la institución durante el holocausto judío, a manos de los nazis). Se reitera así la posibilidad de Francisco (como en su momento le tocó a Juan Pablo II) de responder y, en el caso nacional, ponerse a disposición de las entidades que piden memoria, verdad y justicia, entregando a esta causa las herramientas políticas con que cuenta como dirigente de la entera organización institucional del credo católico oficial.

No se trata aquí de cuestionar las razones por las que “Llámame Francisco” modifica determinados sucesos históricos, posibilitando (adrede o no, las consecuencias no se modifican con arreglo a intenciones) un lavado de culpas que contó, sino con el aval expreso, con el silencio aprobatorio del personaje principal de la ficción. Más bien, el interés que atravesó estas páginas fue el de pensar las tensiones ineludibles que plantea el campo de la ficción cuando camina a través – o sobre, según la preposición que mejor identifique el sentir de cada personalidad lectora– de circunstancias de la historia reciente que siembran aún incógnitas y se depositan encima de heridas democráticas aún sin sanar.

El peligro está, entonces, en dejar que los relatos surquen el magma de sentido social sin una cláusula de advertencia, una nota al pie, tan necesaria en este caso particular – así denominado por ser el que justifica el trabajo desarrollado– que permita reflexionar sobre aquellas deudas que no pueden verse saldadas con nada más que la palabra sobre lo

sucedido y acallado tanto tiempo. Esta palabra es la que viene a certificar una desgracia, ya que nunca podrá restituir lo cercenado, pero que acarrea igualmente la calma de la certeza hasta ahora negada.

Bibliografía

Blancarte, Roberto 2013. “La incógnita de Francisco” *Sociedad y religión* (Buenos Aires) Vol 23, p. 292-308.

Duzdevich, Aldo (25 de enero de 2017) “Llamame Francisco” en *Página 12* (Buenos Aires), recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/16029-llamame-francisco> [última consulta: 21/03/2018]

Esquivel, Juan Carlos (2009). *Religión y política en Argentina. La influencia religiosa en las constituciones provinciales* (Buenos Aires: Asociación Latinoamericana de Sociología).

Ginzburg, Carlo (1994). *Mitos, Emblemas e Indicios: Morfología e historia*. (Barcelona: Gedisa).

Hall, Stuart (1980). “Codificar y decodificar” en *Culture, media & lenguaje. Teorías de la comunicación* (London: Hutchinson).

Kaufman, Alejandro 2013. “Sobre el silencio y las palabras: Vaticano y dictadura” en *Pensamiento de los confines* (Buenos Aires) N° 30.

Kaufman, Alejandro 2014-2015. “Tres nombres propios: Videla, Bergoglio, Milani” en *El Ojo Mocho*. (Buenos Aires) Año III, N° 4-5.

Mallimaci, Fortunato (2008). “Nacionalismo católico y cultura laica en argentina” en Roberto Blancarte (coord.) *Los retos de la laicidad y la secularización en el mundo contemporáneo*. (México: El Colegio de México).

Mallimaci, Fortunato 2010. “Entre lo “que es” y lo que “queremos que sea”: Secularización y laicidad en la Argentina” en *Sociedad y religión*. (Buenos Aires) Vol. 20.

Mallimaci, Fortunato (2012). “Sostén católico al terrorismo de estado durante la última dictadura cívico-militar-religiosa en Argentina”. En Ameigeiras Aldo (comp.) *Cruces, intersecciones, conflictos. Relaciones políticoreligiosas en Latinoamérica*. (Buenos Aires: CLACSO).

Mallimaci, Fortunato 2013. “El catolicismo argentino de Bergoglio y el papado de Francisco. Una primera aproximación desde la Argentina” en *Sociedad y religión* (Buenos Aires) Vol. 23.

Meccia, Ernesto 2008. “Catolicismo y ciudadanía sexual. Apuntes sobre la situación en Argentina” en *Sociedad y Religión*. (Buenos Aires) Vol. 20.

S/N 2018 “El Papa comparó el aborto con los crímenes que cometió el nazismo” en *La Nación* (Buenos Aires) retomado desde <https://www.lanacion.com.ar/2144727-el-papa-comparo-el-aborto-con-los-crimenes-que-cometio-el-nazismo>

S/N 2010 “Bergoglio pidió apoyo a la "guerra de Dios" contra el matrimonio gay” en *Página12* (Buenos Aires) retomado desde <https://www.pagina12.com.ar/diario/ultimas/20-149099-2010-07-08.html>

Vaggione, Juan Manuel 2014. “La politización de la sexualidad y los sentidos de lo religioso” en *Sociedad y religión*. (Buenos Aires) Vol. 24.

Verbitsky, Horacio (2 de enero de 2017). “La mala conciencia del pontífice” en *Página12* (Buenos Aires) recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/11979-la-mala-conciencia-del-pontifice> [última consulta: 21/03/2018]

Verbitsky, Horacio (16 de enero de 2017). “Un Bergoglio ficticio” en *Página12* (Buenos Aires) recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/14496-un-bergoglio-ficticio> [última consulta: 21/03/2018]

Weber, Max 1983 (1922). *Economía y sociedad* (Mexico DF: Fondo de Cultura Económica).